

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 40, 1-5.9-11): *El Señor, llega con fuerza.*

Salmo (84, 9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (2ª Pedro 3, 8-14): *Procurad que Dios os encuentre en paz con Él.*

Evangelio (Marcos 1, 1-8): *Él os bautizará con Espíritu Santo.*

No hay época en la que la Palabra de Dios: *«Consuelen, consuelen a mi pueblo»* no haya tenido vigencia. Son muchos los desconsuelos que cargamos los seres humanos y es muy grande la necesidad de una verdadera consolación. No tenemos que rebuscar en la historia ni viajar a lugares lejanos, pues el desconsuelo nos rodea por todas partes. ¡Cuánto cansancio, cuánta fatiga, cuánta desilusión, cuánta confusión, cuánta enfermedad, cuánto mal en tan diversas y variadas formas! ¡Cuánto sufrimiento!

Sumidos en el desconsuelo, quisiéramos que las cosas se resolvieran solas. Culpamos a unos o a otros y esperamos que con nuestras quejas las cosas se arreglen o se nos acaben los problemas. Pero la experiencia nos ha mostrado que esto nunca sucede así. ¡No se van a acabar los males simplemente con pedir la llegada de la gloria del Señor! Es preciso que nos impliquemos decididamente en enderezar los caminos, los propios y los ajenos. Es necesaria gente experta en rebajar colinas y elevar valles, en enderezar lo torcido y allanar lo escabroso, a sabiendas de que en esta hermosa metáfora no se trata de colinas y valles solamente, sino ante todo de poner orden en nuestro comportamiento, en la propia vida.

No se van a acabar los corruptos si no se terminan también los corruptores, no se van a terminar los adictos a las drogas, al alcohol, al juego, al consumo, a la pornografía y a tantas cosas más, mientras haya personas que nunca aprendieron que los problemas se enfrentan, se resuelven o se manejan, pero que de nada sirve tratar de evadirlos.

No se van a terminar los que se sienten solos mientras proponemos una cultura en donde se hace residir la felicidad en tener cosas, más que en saber ser amigo y crear relaciones saludables con los demás; no vamos a deshacernos de la violencia y de la injusticia mientras estos sean los ejemplos cotidianos para los niños en muchos hogares; no se acabará nunca la carrera armamentista mientras mucha gente esté más interesada en el dinero que dejan las balas que en la vida que cortan. Y tantas cosas más.

Siempre es más fácil mirar el mal de los demás que reconocer el propio. Pero todo mal voluntariamente causado engendra desconsuelo, a nivel personal o colectivo. Eso que está torcido, eso que es escabroso, a gran o pequeña escala, a nivel personal o colectivo, no puede ser puesto en orden más que por los propios interesados. Dios nos invita una y otra vez: *«Preparad el camino, enderezad los senderos»*.

“A que no te atreves a...”. Las personas valientes aceptan los retos. Los retos no son malos, porque nos obligan a superarnos y a pensar en metas mayores, ir siempre más allá. Es verdad que el antídoto de la osadía es la prudencia, y que en todo momento hay que valorar las fuerzas para no caer en una trampa de la que no se pueda salir. También en la vida de fe hay que aceptar los retos.

De hecho, Dios no nos invita a la comodidad, sino a crecer, a avanzar, a superar pruebas, a buscar nuevas alternativas para que su Reino se haga realidad en nosotros y en los que con nosotros están. Los que esperan aceptan los retos, porque saben que el futuro no es previsible. Si supiéramos qué va a pasar, con qué fuerzas vamos a contar o por dónde tenemos que seguir, no habría futuro abierto, sino *“encerrado”*. La fe y la esperanza van de la mano.

Isaías es un osado: dice de parte de Dios que deben afrontar de nuevo la travesía del desierto, y que alcanzarán el consuelo del mismo Dios. Juan Bautista pide no seguir por caminos que no conducen a ningún sitio, sino abrir caminos nuevos. Los creyentes viven fundados en la esperanza de que Dios salva, si bien no conocemos sus tiempos. La carta de Pedro nos invita a tener *“paciencia”*; no la de los derrotados, sino la de quien sabe que Dios no defrauda.

En los retos, encontramos también las amenazas: *“si te arriesgas puedes perderlo todo; o puedes fracasar”*. Es verdad. Ante la esperanza que te dice que arriesgues, que la fe no es para los cobardes, los temores, muchas veces irracionales, otras veces comprensibles, te impiden seguir caminando. Isaías no dice que el desierto sea una trampa mortal, sino que anima a caminar con la confianza de llegar; Juan no dice que se queden en sus casas, sino que se bauticen y cambien de vida. Es la amenaza de los que se sienten derrotados en el camino de la vida, pero **¿acaso no camina Dios con nosotros y su anuncio no es de felicidad, de salvación?**

Isaías es el profeta que lanza a un pueblo entero al desierto para que su camino le lleve a la libertad y deje atrás las ataduras de la esclavitud de Babilonia. Juan es el profeta que lanza al pueblo para que deje la esclavitud de una vida sosa, sin gracia, y se abra al mensaje de Jesús, a quien anuncia como Mesías venidero. La esperanza es un reto, que no amenaza, sino que afianza. *«Poned todo empeño en que el Señor nos halle en paz con él, sin mancha ni reproche»*. Que la Palabra del Señor sea nuestra fuerza.